

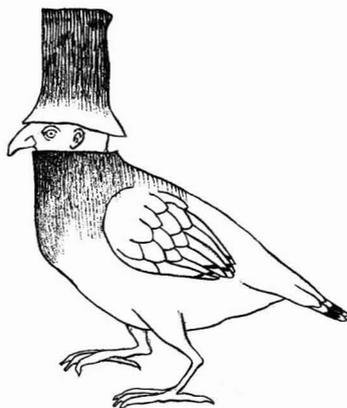
Filosofía iberoamericana y epistemología

MIGUEL ÁNGEL FERNÁNDEZ VARGAS

Apenas comenzamos a reflexionar sobre la manera en que nos comportamos a diario y sobre las cosas que decimos en nuestros intercambios lingüísticos con otras personas, aparecen las preguntas: ¿por qué actuamos de ese modo particular y no de otro?, ¿por qué creemos ciertas cosas acerca de nuestro entorno y no creemos otras?, ¿qué nos lleva a aceptar algunas creencias sobre el mundo y por qué rechazamos otras? Cuando surgen estas preguntas acerca de lo que creemos, nos vemos obligados a responder exponiendo las *razones* por las cuales aceptamos sólo algunas proposiciones, y al hacerlo explicitamos nuestra *justificación* para creer en ellas. Ahora bien, en el campo total de nuestras creencias hay un subcampo que se destaca del resto y está integrado por aquellas creencias a las que damos una justificación que aparece ante nosotros como incontrovertible; esta clase de creencias constituyen el conjunto de nuestros *conocimientos*. Se dice que los humanos somos capaces de generar conocimientos en virtud de una capacidad que nos define en el mundo: la *razón*. La reflexión sobre esta capacidad ha distinguido dos modos distintos, pero enlazados, de ejercerla: uno teórico o epistémico y uno práctico; mientras el primero está directamente relacionado con la producción y justificación de nuestros conocimientos, el segundo está conectado con la elección y justificación de valores, normas y cursos de acción.

En el ejercicio epistémico de nuestra razón, decimos conocer aquello cuya verdad asumimos garantizada: si bien un sujeto hipotético X no dice saber que 1) los objetos del mundo dejan de existir cuando nadie los percibe, sí dice saber, en cambio, que 2) hay un mundo de objetos materiales que se alojan en algún lugar del espacio. Lo que determina a X a no creer en la proposición 1 y a creer en la 2 es una red de creencias poderosamente justificadas para X y la comunidad de sujetos con quienes interactúa; esa red le asegura la verdad de 2 y así determina la

elección epistémica: X aparece ante sí mismo y ante su comunidad como un individuo que ha hecho un ejercicio apropiado de su razón, que ha discernido correctamente entre aquello de lo que puede predicar conocimiento (2) y aquello de lo que no puede predicarlo (1); se dice, en fin, que X ha procedido *racionalmente*. Qué diríamos, sin embargo, si X halla a una persona Y que sostiene la elección contraria: predica conocimiento de 1 y no de 2; expone sus razones y todas parecen descabelladas a X, entran en conflicto directo con la red epistémica que determinó su elección. X descubre además que Y no es un desequilibrado mental; sólo pertenece a una comunidad de individuos educados bajo ciertos preceptos que han definido a la postre no sólo el campo posible de sus creencias, sino también el subcam-



po de lo que cuenta como conocimiento para ellos. ¿Qué debemos decir de la elección epistémica de esos individuos respecto a las proposiciones 1 y 2?, ¿es racional o no?, ¿hay algún método que permita decidir cuál de las dos elecciones es racional, o la racionalidad de las elecciones epistémicas es relativa a comunidades de individuos que comparten redes de creencias y esquemas conceptuales similares?, ¿cuáles son las clases de factores que inciden en una elección epistémica? Estas preguntas llaman la

atención sobre algunos problemas concernientes a la *racionalidad epistémica*, que son discutidos con profundidad en el volumen 9 de la *Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía* (EIAF) por destacados especialistas en la materia: Ernesto Sosa, Ricardo J. Gómez, Carlos Pereda, León Olivé (quien es además editor del volumen), por mencionar a algunos. En la mayoría de los ensayos está contenida, tácita o explícitamente, una discusión sobre el significado del término "racionalidad"; tal discusión corre al parejo y es indisoluble del examen de algunos problemas anudados al tratamiento de la racionalidad epistémica; podemos agrupar esos problemas en tres rubros generales, que son abordados desde distintos ángulos por uno u otro de los filósofos que colaboran en el volumen:

1. El acceso epistémico a la realidad.
2. La relativización de conceptos epistémicos clave como verdad, objetividad, justificación.
3. Los factores que inciden en el desarrollo del conocimiento (particularmente del conocimiento científico).

Las disputas en torno a la fundamentación de nuestro conocimiento se remontan a los orígenes de la filosofía occidental. Por siglos se ha tratado de definir qué es aquello que garantiza a algunas creencias el rango de conocimiento; esta insistencia obedece al menos a un interés por asegurar un acceso confiable a nuestro entorno. Tenemos el interés de conocer aspectos del mundo y de los otros seres humanos que lo habitan para poder vivir en sociedad, y más aún, simplemente para sobrevivir. Es claro que cada día tenemos acceso a un torrente de datos, algunos de los cuales atribuimos a un mundo que existe; la pregunta es, ¿cómo llegamos a estar seguros de que ese acceso es fiel y de que por él conocemos la realidad? La respuesta a esta pregunta apela a nuestra capacidad de dar razones, de justificar la confianza que otorgamos a nuestro acceso epistémico a la realidad. La manera en que organizamos nuestras razones y el peso que conferimos a cada una de ellas forman un modo específico de argumentación mediante el cual queremos probar que la confianza en ese acceso es racional. Existe sin embargo una larga tradición en la historia de la filosofía, que considera cualquier argumento que pretenda fundamentar nuestro conocimiento de la realidad como un mero juego de ilusiones; para esta tradición estamos condenados a no poder dar una base racional a la pretendida fidelidad de nuestro acceso epistémico; esta aceveración constituye un ataque frontal y demoleador del *escepti-*

cismo a todo supuesto conocimiento de nuestro entorno.

Hay quienes, dando la espalda al escepticismo, piensan que conocer lo real es posible y que el problema consiste en perfeccionar los modos en que se construye nuestro acceso. Un problema clave que debe resolverse en esta empresa es determinar la *mejor* forma de *entender* y *explicar* aquellos fenómenos a los que decimos tener un acceso seguro. Los modelos explicativos del mundo que gozan de mayor reconocimiento son los propuestos por el círculo de las ciencias; aparece aquí la actividad científica como el ejercicio perfecto de la razón epistémica en el conocimiento del mundo.

La ciencia, como señalan varios filósofos que escriben en este volumen de la *Enciclopedia*, ha sido y es aún concebida en muchos ámbitos como la empresa racional por excelencia: si hay un modelo de lo que es conocimiento, ése ha de encontrarse en los conocimientos científicos. La ciencia ha sido vista como el campo de cumplimiento de ciertos *ideales epistémicos*, tales como la validez universal de las justificaciones, o como el sometimiento de sus procedimientos a algún conjunto de reglas cuya aplicación asegure la generación de auténticos conocimientos; la ciencia se piensa así como poseedora de una lógica que regla sus procesos epistémicos y en la cual reside su incuestionable racionalidad. El fantasma del escepticismo parece fulminado por la lógica de la investigación científica. Quizá el rasgo más sobresaliente en esta concepción tradicional de la ciencia es la postulación de un "tribunal" (en este caso un *método*) cuya autoridad decide sobre las pretensiones cognoscitivas de los científicos. Si recordamos, en nuestro ejemplo sobre los individuos X y Y que discrepan sobre el rango epistémico de las proposiciones 1 y 2, no existe un tribunal semejante, en todo caso, para cada uno de ellos su tribunal es su propia red de creencias y justificaciones; no hay nada como una *autoridad suprasubjetiva* que dictamine sobre la racionalidad de sus elecciones epistémicas. Se pensó que en la ciencia sí existía una autoridad semejante y que era encarnada por las reglas del método científico. Concebir la universalidad de un método repercutía en la manera de pensar dos términos epistémicos clave: verdad y objetividad; mediante la aplicación del método se aseguraba que estos términos se ponían más allá de cualquier personalismo y en las manos de una autoridad impersonal.

El ideal de un método que permitiera dirimir nuestros desacuerdos epistémicos (como el que enfrentan X y Y) puede ser seductor para cualquiera que se percate de las interminables discusiones que a ese respecto se han generado en la historia del pensamiento occidental. Algunos creyeron que ese ideal se realizaba en la actividad científica, pero esta pretensión se ha visto abrumada por las tesis de algunos filósofos e historiadores de la ciencia, que han mostrado la real naturaleza de los conocimientos científicos. La imagen de un cuerpo de reglas-guía universales se desvanece en el estudio histórico del modo efectivo como los procesos justificatorios han alterado sus estándares y sus criterios de validez. Este revolucionario "giro histórico" (examinado con detalle en este volumen) en el estudio del desarrollo científico, y de la producción cognoscitiva en general, ha arrojado resultados desalentadores para quienes tuvieron fe en el ideal de universalidad: los procesos justificatorios en las ciencias se han revelado variables a lo largo del tiempo y multiterminados por factores que en ocasiones yacen fuera de lo que se considera científico, aun en cada época. Los conceptos de verdad y objetividad descienden de sus definiciones suprahumanas, para entrar en la dinámica de procesos cognoscitivos que se exhiben, no precisamente como gobernados por un tribunal permanente de reglas, sino como determinados por circunstancias sujetas a modificación: por ejemplo, la posesión de un "marco conceptual" que condiciona aquello que es posible concebir acerca del mundo, la existencia de una determinada tecnología, el conjunto de creencias de todo tipo que abrazan los científicos... todas estas circunstancias se revelan pertinentes para el estudio y la reconstrucción de aquellos procesos epistémicos que generaron en su tiempo conocimientos.

Sin embargo, la desaparición del ideal de una posible racionalidad epistémica universal y la aparición de una multitud de racionalidades circunscritas a factores históricamente variables, abren las puertas a la relativización de la racionalidad: si un proceso justificatorio resultó racional en el teatro de sus circunstancias peculiares, ¿por qué extirparlo de ellas y juzgarlo con criterios generados en condiciones epistémicas distintas?

De esta manera parece que la *historización* del estudio del conocimiento conduce irremediabilmente a la relativización apuntada. La preeminencia que algunos pensadores confieren a factores sociales en la producción,

justificación y aceptación de conocimientos, acentúa todavía más la disolución de cualquier tipo ideal de racionalidad: descubrimos a la racionalidad hundir sus raíces en suelos que tradicionalmente le eran ajenos, cuando no opuestos.

Así, despojados de los ideales epistémicos, tenemos la impresión de estar suspendidos en un mar de creencias *ideologizadas*, encapsuladas junto con nosotros en un círculo que no podemos romper (*nadie puede saltar sobre su propia sombra*, dice un refrán). Nos sentimos extraviados pero desconfiamos de nuestra brújula y de los faros que tradicionalmente orientaban. ¿Cómo enfrentar esta situación?, ¿debemos suponer que hemos perdido el concepto de racionalidad? Quizá no sea necesario pensar nuestra situación en estos términos; parece más bien que hemos comenzado a ver la complejidad que envuelve una racionalidad epistémica a la medida humana, de carne y hueso. Los trabajos compilados en este tomo 9 de la EIAF, bajo el título precisamente de *Racionalidad epistémica*, pueden ayudarnos mucho a entender de qué están hechos y de qué no la carne y los huesos de nuestra racionalidad.

El índice de ensayos que aparecen en el volumen *Racionalidad epistémica* es el siguiente:

—Presentación del volumen: León Olivé.

—Racionalidad: epistemología y ontología: Ricardo J. Gómez.

—La fundamentación racional del conocimiento: programas fundamentalistas: María Cristina Di Gregori.

—Escepticismo y racionalidad epistémica: Ernesto Sosa.

—Teorías de la argumentación: Carlos Pereda.

—Racionalidad, objetividad y verdad: León Olivé.

—La inteligibilidad racional y las ciencias: Alberto Cordero.

—Racionalidad y método científico: Sebastián Álvarez.

—Racionalidad y desarrollo científico: Ana Rosa Pérez Ransanz.

—Racionalidad y relativismo: Luis Vega.

—La naturalización de la razón: Fernando Broncano.

—La racionalidad disuelta en la explicación sociológica del conocimiento: de Fleck a Latour: Mario H. Otero. ♦

León Olivé (editor): *Racionalidad epistémica*, vol. 9, *Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía*, Editorial Trotta, Madrid, 1995. 278 pp.